

VIII

Florenca por la noche

Fué por la noche cuando llegamos á Florenca. Allá, en Pisa, por milagros de guitarra y canciones populares, trabamos conocimiento con algunos estudiantes y, al separarnos, despedímonos con un *soi-disant* banquete en una *trattoria* de la clase de modestas. Valiéndonos de esas frases hechas de encargo por libretistas y aprendidas en la ópera, pudimos hablar un italiano de entre bastidores, y darnos á entender más ó menos con aquellos tan simpáticos compañeros, que nos brotaban de improviso por capricho del destino, aunque de un modo más lírico del que hubiéramos empleado al tener suelta la lengua. En los postres, cuando no quedaba ¡ ay ! ni una gota de Chianti en las botellas, cuando pudimos vender la inspiración á un precio muy arreglado, brindaron y brindamos, y era cosa de oír del modo que ambas naciones, reunidas por medio de la oratoria, arreglamos los conflictos más difíciles. Allí quedó resuelto ya de una vez para siempre, á fin de no volver sobre el asunto, el tinglado aquel, antes vago y vaporoso, de la famosa unión de toda la raza latina; hubo cambios allí de banderas y colores nacionales, se habló, (siempre en brazos de

la elocuencia) de abrazos de España á Italia, y viceversa ; nos comprometimos todos, comprometiéndolo á nuestros queridos gobiernos ; salió á relucir el mar latino otra vez, el « Dandolo », el « Pelayo », el « Funiculí Funiculá » y los tres ratas, y juntos con santa armonía, siempre como un solo hombre, siempre compactos y animados de altos deberes políticos, no dejamos problema en turbio ni pusimos nada en claro.

Despedidos, pues, y satisfechos, llegamos á Florenca á los ocho de la noche.

En la estación, tras el cansancio del viaje, tuvimos que trabar una pelea sangrienta para librar nuestras vidas de los guías-cicerones, que con un encarnizamiento que les honra, querían hacernos felices por medio de un alquiler personal y llevarnos como pavos por las calles, mostrándonos los monumentos por sistema obligatorio. No nos dejamos vencer por los hechizos y promesas de aquellos grandes sirenos ; resistimos á los nombres de Botice-lli, Dante, Miguel Angel y Leonardo, que nos lanzaban al oído como nombres tentadores, y solos, solísimos con la maleta, fuímos á dar en una fonda que se ofreció á nuestro paso.

Era ella de sencilla apariencia. Un *albergo* indeciso, incoloro, hermafrodita, y más bien sucio ; sin otro rasgo fisionómico y particularidad visible que la borrachera máxima que llevaba, á sabiendas ó á pesar suyo, el mayordomo mayor de la finca. En vez de enseñarnos él el cuarto, hubimos nosotros de ayudarlo, y así y todo, dudó á cada puerta que encontraba respecto á nuestro destino, hasta que nos metió en una habitación cualquiera.

Mala era en cuanto á físico ; grande de muros y desalojada de muebles, alfombrada á trechos y á trechos mostrando las baldosas y algún fragmento de estera, bajas las camas y como perdidas allá en el fondo de un ángulo, al lado de una mesita y un espejo solitario ; pero había plafones al fresco, y pensando que, lo propio que las sesudas inglesas, que en la capilla Sixtina se tienden boca arriba (siempre con el guía en la mano) para ver el plafón de Miguel Angel, podríamos también nosotros ver pinturas por la noche, nos quedamos.

Quedámonos y comimos con gran prisa, y solos, sin guía, á Dios gracias sin estorbo, libre el alma é independiente la voluntad, nos lanzamos á Florencia á perdernos por sus ignoradas calles, á adivinar monumentos, á recoger sensaciones, á entrever á media luz, á luz de sueño, lo que tanto deseábamos.

Ya en la calle, vimos un gran edificio, unos altos paredones con mosaicos, templetos desocupados y, por una cerrada reja, como un claustro de severísimas líneas, con arcos adosados al muro á rara manera de tumbas. Entrevimos, en el fondo, como sombras de figuras, y creímos adivinar unos frescos de pálido color de luna, que empezaron á despertar en nosotros el ansia de lo ignorado. De allí seguimos por una calle iluminada, en la cual se paseaban los florentinos de hoy, y miraban los mostradores arreglados profusamente ; tiendas de fotografías, marmolistas con sus bustos y estátuas azucaradas, quinallerías con obras de arte baratas y disfrazadas, cromos chillones y marcos aturdidores, y vimos que no era aquella la Florencia que buscábamos, y entramos en un callejón negrísimo. A poco de andar

por él, presentóse un palacio á nuestra vista ; alto hasta perderse en la negrura del cielo, fuerte como una muralla, parecía que su mole iba á caernos encima. Era el peso de un edificio cerrado herméticamente, sin una luz en los altos ventanales que diera señales de vida ; la soledad de esas casas que no las habita nadie, porque son de todo el mundo ; un monte de piedra negra con peñas por soportales y peñascos por dinteles ; un fantasma arquitectónico que parecía dormido en aquel rincón obscuro. A fuerza de acostumbrarse la mirada á la negrura, entrevimos la nota alegre de una tierra cocida á lo Lucas de la Robbia, colgada como un nido primoroso sobre aquel roble de piedra ; una virgen blanca, de una blancura bruñida, rodeada de una corona de frutas sobre el mate negro del muro ; una flor de dulcísimos colores, en el ojal de un gigante. Tras de esa calle, vinieron otras más, todas estrechas y lúgubres, y perdidos siempre y venturosos de estarlo, y siempre por el azar conducidos, veíamos edificios que surgían y que nos dejaban suspensos. Aquí un farol iluminaba una fuente de primorosa labor, allí aparecía una estatua conocida, más allá se levantaba un campanario hasta las mismas estrellas. Cruzábamos una plaza y veíamos el Duomo, enorme, colosal y soberbio de grandeza, blanco y negro como un castillo de fichas ; á su lado el Campanile más alto aún y más espléndido, destacando sobre el cielo á la clara luz de un foco eléctrico ; más lejos, la masa de una estatua ecuestre, iluminada en el vientre del caballo y quedando el jinete en la sombra, sombras de cosas soñadas por doquiera y por doquiera presentimientos dichosos de

obras grandes, suplicio y goce y deliciosas promesas.

Delante de la Catedral, la masa del Batisterio, nos atrajo como un imán poderoso. Sabíamos que aquellas al parecer manchas negras, oscuras dentro de lo obscuro, que aquellos ojos cuadrados eran las puertas famosas del gran escultor Guiberti, aquellas puertas de las que dijo Miguel Angel que eran dignas de ser las puertas del cielo. Acercámonos á ellas y no pudimos admirarlas á causa de la obscuridad. Tocámoslas con las manos, tratando de adivinar sus portentos por medio de sus relieves; con cariño seguimos el dibujo con el tacto, y á la luz de las cerillas apareció el primer fragmento, que no olvidaré en mi vida. — Era un angel sentado en un sepulcro mirando otra figura reclinada. Bruñido, de color verde, ampliamente dibujado en un pequeño tamaño, íntimo y solemne al mismo tiempo, disminuía su sombra ó se agrandaba siguiendo los vaivenes de la vacilante luz; y con ella, con aquella claridad mezquina, adquiría más misterio todavía, más relieve, más pátina de reliquia, más virtud á nuestros ojos y más deseo á nuestra mente, que quería completar lo que sólo es dado á los genios. Allí, por un rayo de claridad hubiéramos dado un tesoro, pero la poca que había iba amenguando, cerrábanse los mostradores poco á poco, retirábase la gente, apagábanse muchos faroles y nosotros continuábamos andando, no oyendo sonar las horas, ávidos de verlo todo y condenados á no ver más que nieblas.

Con ellas llegamos hasta el río, hasta aquel mismo

Arno de Pisa, el charco que nos parecía muerto y que en la obscuridad en que veíamos sus aguas creíamoslas estancadas y todavía más lúgubres. Mirando desde el muelle aquel espejo, creíamos ver un abismo, un lago triste hundiéndose hasta el mismo fondo de la tierra. Bajo los puentes, sobre todo, dormía el agua con quietud tan funesta, callaba tanto y de un modo tan solemne, que daba miedo el mirarla. Igual que en Pisa, ni un solo barquichuelo la cruzaba, ni un ave pasajera corría por su negra superficie; algún farol solamente, triste y mezquino, reflejándose en su fondo sin relieve y daba al agua más aspecto de agua mansa, de un agua que inspira el terror del vértigo y llama á los suicidas, con sus estrofas de muerte.

Marchámonos, y á poco entramos en una hermosa galería iluminada. Desierta ya en aquella hora, como cementerio ilustre, en una serie de tribunas veíanse, en estatuas de mármol, los florentinos cuyos nombres han volado por el mundo. Mirábamosles uno á uno saludándoles, y sus rostros y figura nos iniciaban en sus obras, que habíamos de ver más tarde. Allí estaba el poeta de la muerte, el triste Orcagna, plegando el manto y mirando hacia el vacío; Pisano, el obrero artista con los ojos hundidos por el cansancio de la obra de su vida, y apoyado sobre un fragmento arquitectónico; el místico Giotto, con el capuchón caído sobre su anchísima frente, y con esos ojos mates que tienen las estatuas griegas, que parecen mirar adentro; allí estaba Donatello, de cuerpo aristocrático, fino el rostro, aguilfea la nariz, y con dos arrugas pensadoras en la frente; Alberti, como arrancado de una tabla de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Edo. 1925

Gozzoli ; Cellini, la capa caída en el brazo y sosteniendo la estatua de su Perseo; Leonardo de Vinci estaba allí, venerable como un santo ; y Miguel Angel también, musculado su rostro como sus grandiosas obras, y la silueta única é inolvidable del Dante y Bocaccio, y Petrarca, Galileo, y Maquiavelo, sonriendo en el pensamiento, y otros más, que cual calendario famoso poblaban en estatua aquellos sagrados pórticos, y hacían doblar la frente al turbado viajante. ¡ Qué tiempos fueron aquellos, que por esas calles de Dios se encontraban esos hombres ! ¡ Qué augusto renacimiento y qué hermosa erupción de genios para una sola ciudad ! ¡ Pensar que en toda la Florencia que pisamos, no brota un hombre que pueda ocupar un nicho al lado de esos colosos ! ¡ Que los templetos de los pórticos están llenos, y quizás lo estén para siempre ! El arte está muy enfermo, pensamos siguiendo nuestra solitaria ruta, y siguiéndola nos hallamos en una espléndida plaza. Es ella un verdadero museo, un museo al aire libre, un foro artístico como no hay otro en el mundo. A un lado, un palacio como un castillo de esos pintados en el fondo de las tablas, con su ruda corteza de piedra á medio pulir, al estilo florentino; con su torre amartelada subiendo á una altura incomprensible, y con sus ventanales de un gótico del renacimiento ; al pie un Hércules colosal, bloque de mármol alto y fornido como un coloso de Tebas; en el fondo una estatua ecuestre de Médicis, disfumada en la penumbra, y bajo los pórticos de Orcagna, altos como naves de gótica catedral, más estatuas aún, alineadas y vistas á media luz: « El rapto de las Sabinas », los « Leocon-

tes » de Bolognia, la Judit de Donatello, y el gran Perseo de bronce de Benvenuto Cellini.

Al frente de ella nos pasamos largo rato recordando las angustias, los temores, las horas de fiebre descritas en las memorias del artista, al fundir aquel bronce portentoso. Imposible pintar escena más palpitante, más llena de esperanzas y temores, que aquella en que iba á resolverse en un momento, por capricho de la fortuna, la gloria ó desgracia de su vida de fatigas. Años hacía que trabajada en su Perseo, y todos sus enemigos (muchos, por tener mucho talento) murmuraban que era imposible que Cellini saliera bien de su obra, de su empresa; el mismo Médicis, dejándose influir de aquellas voces atizadas por la envidia, llamó al artífice y díjole : « que todas las reglas del arte se oponían á que aquella figura pudiera ser fundida en bronce. — Eso prueba — contestóle el escultor — que su Excelencia no se conoce mucho en arte. — Conózcome perfectamente — dijo el príncipe. — Como príncipe sí, replicóle Benvenuto, pero jamás como artista. » Como mártir y como héroe portóse el escultor la noche en que, por fin, fundió su obra, tan esperada de unos y tan temida de otros. Bullía el bronce como un astro y el molde lo esperaba y el ansia de Cellini iba creciendo por momentos ; no había bastante fuego en el infierno para calmar aquella creciente fiebre ; pegóse fuego en su estudio en el momento más crítico, y él continuaba animando á los obreros que estaban espantados de su obra ; delirando, y á pesar de su delirio, vió que el caldero explotaba y que su obra iba á hundirse, y echó el líquido en el molde que recibiólo estridente, y vió que faltaba

bronce para llenar aquel vacío y echó bandejas al fuego y sus cubiertos y sus joyas y todo el metal que cayó al alcance de su mano ; y oro, diamantes y pedazos de su alma hubiera echado para ver su concepción hecha obra, su hijo hermoso parido de un solo trazo.

Nació el portento y el padre arrodillóse llorando y dió las gracias al cielo. Allá bajo los pórticos está intacto, y allí á media luz lo veíamos y creíamos verle palpitante todavía, recién salido del fuego y como nacido del sol. La cabeza de Medusa, aquella testa que tanto dió que temer á Cosme de Médicis, destacábase como una mancha de tinta ; su cuerpo caía rollado sobre el pedestal de mármol, pendiente un brazo hacia el suelo y brotando sangre del cuello ; la figura de Perseo, vista en negra silueta sobre un foco, parecía vivir la vida de otras edades, la vida muerta de una Florencia grandiosa.

Con la idea puesta en Cellini, seguimos la ciudad otra vez, y por doquiera creíamos encontrar al artista pendenciero, embozado en su capa ó luchando con su espada ; en las tiendas de plateros, cerradas ya, buscábamos su primer taller, el nido aquel del que volaron las joyas primorosas, salidas de aquellas manos de oro, hasta posarse en los museos ; en los estrechos callejones, creíamos verle pasar del brazo de Miguel Angel y en cada esquina misteriosa esperábamos ver su sombra... Y ante aquella Florencia nocturna, libre de transeúntes y de ingleses viajeros, gozamos el encanto de creernos solos en ella, de ser dueños de sus calles é imaginarnos en ellas las figuras de retablo que cuadraban á sus

pórticos, á sus altísimas casas y á sus palacios grandiosos.

Muy tarde sería ya, cuando buscamos el camino de la fonda. Yendo á su encuentro, entrevimos aún destellos de cosas grandes, asomos de bellezas que admirar y esperanzas para un mañana. Poco dormimos, aquella primera noche. Florencia nos robaba el sueño y esperábamos la luz, la luz del sol, que nos hiciera ver claro todo aquello que entre sombras nos pareció tan hermoso.

 IX

Florencia á plena luz

Aunque no le vimos salir, salió de lleno aquel sol que deseábamos. Por detrás de las cortinas, sin llamarle con timbre eléctrico, como se estila á llamar en toda fonda bien organizada, entróse por nuestro cuarto y paseóse por él, con esa calma dorada que emplea en las grandes circunstancias. A su vista abrimos las puertas de par en par, apartamos enteramente las cortinas para hacerle los honores de la fonda, y vimos allá, en el fondo, ese cielo de Italia tan famoso, tan azul y tan cantado por poetas de todas categorías.

No había aquel día ni una nube en el firmamento, ni una de esas blancas nubecillas que parecen puestas por adorno é inocente entretenimiento de pintores ; no corría el aire más que por puro pasatiempo y cosquilleo de los árboles, que empezaban á consul-